

Isaías 5:1-7

Isaías 5:1-7

Toda la estación de la Pascua proclama noticias que son motivo de gran gozo. Después de todo, la Pascua proclama la victoria de nuestro Señor sobre nuestros más grandes enemigos. Su resurrección anuncia su victoria sobre el pecado, porque fue a la muerte como la paga del pecado, y la muerte no pudo retenerlo. También ha derrotado para los suyos la muerte, porque si él es las primicias, otros seguirán. Visto, entonces, desde el lado del Señor, todo es motivo de regocijo. Pero cuando vemos esto de nuestro lado, de los efectos concretos que ha tenido en nuestra vida, hay que confesar que no todo está bien. Necesitamos examinar también este lado, para que no perdamos finalmente el gozo pascual. Para ayudarnos en tal examen, veremos el cántico del Señor y su viña.

I. El Señor hizo todo en su amor por su viña. Nuestro texto describe los grandes esfuerzos que hizo el dueño para preparar su viña. Escogió el mejor sitio. "Tenía mi amado una viña en una ladera fértil". Escogió el mejor sitio para su viña. Escogió un lugar alto, soleado, en donde no haría ni demasiado frío ni demasiado calor. Luego preparó cuidadosamente el lugar. Lo cercó y despedregó. Puso una cerca para que no pudieran entrar los animales silvestres. Cavó la tierra, con gran esfuerzo quitando las rocas que hubieran estorbado el desarrollo de las vides. Luego consiguió las plantas más selectas, de la mejor calidad, para que produjeran el mejor fruto.

Es evidente que el dueño tenía grandes esperanzas para su viña. No sólo hizo todas estas preparaciones de antemano. También edificó una torre en medio de la viña, para estar listo para proteger su preciosa cosecha de cualquier ladrón que pudiera entrar para quitarla. También preparó el lagar en donde pisarían las uvas para que entregaran su precioso jugo. Luego esperaba. Las parras no se crecen de un día a otro. Pero la anticipación por la cosecha futura lo mantuvo en la expectativa del buen producto de su campo.

Y ¿Qué es lo que resultó? "**Esperaba que diese uvas, y dio uvas silvestres**". En lugar de las uvas suculentas de la más alta calidad, para producir el vino más puro, como lo esperaba el dueño, la viña le dio uvas silvestres, agrias, inservibles. ¡Qué desilusión! ¡Qué contrario a la naturaleza! Verdaderamente cabe la pregunta: "**¿Qué más se podía hacer a mi viña, que yo no haya hecho en ella?**"

¿Qué es esta viña, amada del Señor? Él mismo contesta: **"Ciertamente la viña de Jehová de los ejércitos es la casa de Israel, y los hombres de Judá planta deliciosa suya"**. El Señor los había encontrado en Egipto. Con gran amor a Israel, había afligido a los egipcios para forzarlos a dejar ir a su pueblo. había establecido su pacto con ellos en el Monte Sinaí, en donde los llamó para ser un reino de sacerdotes delante de él, un pueblo que le serviría fielmente. Durante los años en el desierto les había sostenido milagrosamente con el maná. Y al final de este tiempo les había dado una tierra fértil, una tierra que fluía leche y miel. Pero había hecho aun más. Les había prometido que de su nación vendría el Salvador, que salvaría a todos los pueblos de sus pecados. Cuando se desviaban, les había mandado sus profetas para hablarles su palabra y llamarles al arrepentimiento y a una renovada fe en la promesa del Salvador. Ciertamente Israel fue un pueblo que fue sumamente bendito. ¡Cuánto fruto debía esperar el Señor de la nación de Israel! Y el Señor había esperado, ¡más de seiscientos años, y todavía no terminaba de esperar!

Pero no solamente Israel es una viña escogida de Dios. La iglesia cristiana también ha recibido incontables bendiciones de su Señor. De hecho, como cristianos hemos recibido mucho más de lo que recibió Israel. Cristo tomó nuestro pecado sobre él, lo llevó a la cruz, y allí con crueles dolores y sufrimiento hizo expiación por todos ellos. Su resurrección es la proclamación visible de parte de Dios Padre de que todos nuestros pecados han sido perdonados. Ha ascendido al cielo para ejercer todo poder en beneficio de su iglesia. Ha fertilizado y alimentado a su iglesia con el mensaje de los apóstoles y evangelistas. Ha enviado fieles obreros a su viña, para alimentarla con su evangelio de salvación. Nos ha hecho suyos por medio del Santo Bautismo, tomando a nosotros que éramos ramas silvestres e injertándonos en la buena vid. Todo para que produjéramos mucho fruto, fruto dulce y agradable al Señor. Deseaba que anduviéramos en sus buenos y rectos caminos. De nosotros también esperaba que nosotros fuéramos reyes y sacerdotes delante de él para que con palabras y acciones proclamáramos las alabanzas de aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable. Pero ¿qué es lo que pasa con sus cristianos, su pueblo del Nuevo Testamento? ¿No es cierto que muchas veces vivimos más como si nunca hubiéramos conocido el poder de la resurrección de Cristo? ¡Cuántos de los redimidos del Señor, bautizados en su nombre, inclusive que en su confirmación han prometido fidelidad a Cristo por toda la vida, han dado la vuelta a su Señor y otra vez andan con el mundo en toda clase de abierto pecado! Y, para no apuntar solamente a los demás, ¿no es cierto que nosotros también frecuentemente hemos entristecido al Espíritu de Dios, haciendo caso omiso a sus advertencias y cometiendo a sabiendas muchísimas cosas que

nuestra misma conciencia condena? Para que no nos quedemos indiferentes frente a estos hechos en nuestras mismas vidas, y nos endurezcamos finalmente en la impenitencia, así perdiendo el poder de la resurrección de Cristo, Dios nos da una seria advertencia.

II. El Señor juzga a su viña infructífera. El Señor, por medio de su profeta, anuncia lo que hará con su viña. Es evidente que la paciencia del Señor tiene su fin, que no esperará para siempre. Y cuando se acaba la paciencia del Señor, las consecuencias son terribles. **"Os mostraré, pues, ahora lo que haré yo a mi viña: le quitaré su vallado, y será consumida; aportillaré su cerca, y será hollada. Haré que quede desierta; no será podada ni cavada, y crecerán el cardo y los espinos; y aun a las nubes mandaré que no derramen lluvia sobre ella"**. Es "Mi viña". Pertenece al Señor. No sólo tenía derecho de esperar grandes cosas de una viña en la cual había puesto tantos esfuerzos y tanta empeño; también tiene todo derecho de volverla a destruir cuando se hace evidente que no va a producir el fruto deseado. Quitará su protección. Derrumbará el muro que la había protegido de los animales, de modo que entrarían y comerían todo verde que estaba en la viña. La tierra sería hollada con las pesuñas de ellos. En donde antes todo fue bien cuidado, ahora dominaría la maleza, cardos y espinos crecerían. Inclusive, ya que Dios aquí es el dueño, mandará a las mismas nubes del cielo para que no dejen caer su lluvia sobre esa viña para que quede totalmente desierta. Grande sería la ruina de la viña del Señor.

¿Qué es lo que significaba esto? Para el Israel de sus días, Isaías con este medio les daba una seria advertencia. La paciencia del Señor se acercaba a su fin. A menos que hubiera arrepentimiento, vendría un terrible castigo para la casa de Israel, para los hombres de Judá, que eran la viña preciosa del Señor.

El verdadero arrepentimiento se manifestaría por sus frutos. El Señor nombra las uvas silvestres que ha producido su viña. Hubo "**vileza**". Mejor traducido, lo que el Señor encontró fue asesinato y extorción. En el versículo siguiente a nuestro texto Isaías proclama, "*¡Ay de los que juntan casa a casa, y añaden heredad a heredad hasta ocuparlo todo! Habitaréis vosotros solos en medio de la tierra.*" El resultado fue "**clamor**", el clamor de los afligidos que gemían bajo las cargas de sus opresores.

Lo que buscaba el Señor fue "**Juicio**" y "**Justicia**". Buscaba que su pueblo defendiera la causa de los pobres y oprimidos, buscaba que anduvieran en justicia, ejerciendo verdadero amor y consideración unos por otros, buscaba trato honesto en sus

negocios y su trato en la vida diaria, todo esto motivado por el temor y amor al Señor.

No encontró ese cambio, y lo que Isaías aquí profetizó llegó a cumplirse. Dios quitó su protección a su pueblo. Entraron los asirios y los babilonios, que destruyeron las ciudades, despojaron los campos, llevaron a la esclavitud a los Hijos de Israel. Para la gran mayoría, todas las nubes de la gracia divina se apartaron, y ya que no habían querido oír la palabra salvadora del Señor, Dios inclusive les quitó la oportunidad de oírla. Para las masas de Israel, llegó la hambruna de oír la palabra de Dios profetizada por el profeta Amós.

A nosotros, el pueblo de Dios del Nuevo Testamento, también es aplicable esta seria advertencia. A nosotros, a quienes Dios con tanta misericordia ha redimido, con el costo de la sangre preciosa de su Hijo, Dios dice: *"Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación"*. A nosotros nos dice *"Que os améis los unos a los otros, como yo os he amado"*. Nos advierte con el ejemplo de Israel, diciendo: *"Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos"*. A la iglesia en Sardis, en donde el aprecio de la palabra divina se desvanecía, el Señor les advirtió: *"Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto. Sé vigilante, y afirma las otras cosas que están para morir; porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios. Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; y guárdalo, y arrepiéntete. Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti"*.

Estas no son amenazas vanas y vacías tampoco. ¿Qué ha pasado con las tierras en donde Pablo fundó tantas iglesias cristianas? Asia Menor hoy día es Turquía, y apenas se podría encontrar una iglesia cristiana. Hoy dominan los musulmanes. Y el norte de Africa, donde la iglesia fue tan vigorosa que produjo teólogos tales como Cipriano y Agustín, hace siglos que ha dejado de ser cristiano. En Alemania, en donde la pura luz del evangelio brilló otra vez con la predicación de Martín Lutero, la profecía del mismo Lutero se cumplió. Habló del Evangelio como de una lluvia que llega, deja caer su agua en su momento, y luego, a causa de la falta de gratitud del pueblo, se traslada a otra parte. Y son poquísimos los que todavía oyen el puro evangelio de los reformadores en la tierra de la reforma.

La parábola está clara, y las lecciones de la historia son claras. Aceptemos, luego la advertencia. Reconozcamos nuestra falta de gratitud, nuestra falta de apropiarnos el verdadero poder del mensaje de la resurrección de nuestro Señor. Ya no vivamos como si todavía estuviéramos bajo el dominio del pecado, como si todavía estuviéramos en esclavitud. Acuérdate de lo que has

oído y recibido, y guárdalo. Seamos injertados nuevamente, con profunda fe, en la buena vid que es Cristo, para que produzcamos mucho fruto. Entonces seremos una viña preciosa a los ojos del Señor, confiando en Cristo y su mérito solamente para nuestra salvación, y demostrando nuestra salvación en obras de amor y servicio a nuestro prójimo. Amén.